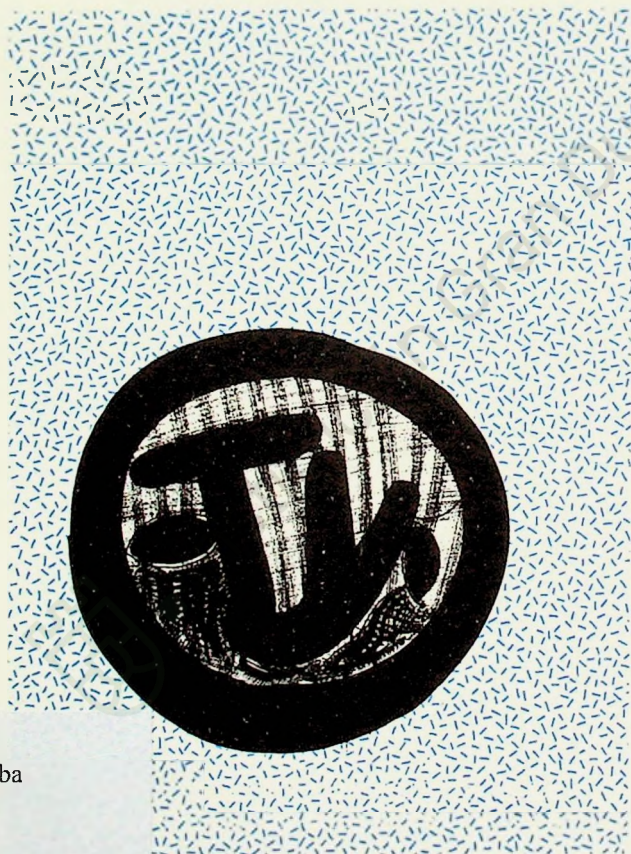


TOMAS HERNANDEZ CASTILLA

CONJUNCION DE ESPEJOS



ie de Alba
4"19"

COLECCION TELAR DE YEPES

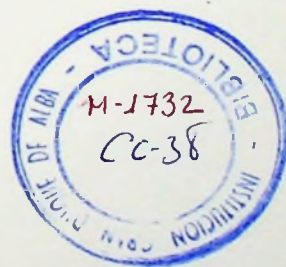
TOMAS HERNANDEZ CASTILLA

Nací, hoy lo sé, en las laderas norte del Valle de Corneja (Tórtolas, Avila) arropado por el misterio universal de campesinos y de campesinas, un 18 de septiembre de 1949.

Aunque no pueda precisar con exactitud, llegado a eso que se dice «uso de razón», me eché las manos a la cabeza y ya no pude volver atrás.

Con mi anterior libro «Poemas de la tierra adentro» ya continué mi propio respeto. Ahora, en la Colección «Telar de Yepes» es a «Conjunción de espejos» a quien le toca navegar.

CDU 821.134.2-14"19"



TOMAS HERNANDEZ CASTILLA

CONJUNCION DE ESPEJOS



Institución Gran Duque de Alba



I.S.B.N. 84-86930-22-7

Depósito Legal AV - 180 - 1989

Imprime: Gráficas Carlos Martín, S. A. - AVILA

A mis padres



Institución Gran Duque de Alba



PROLOGO

Este hermoso libro no necesita prólogo. Su estructura, si bien algo compleja, no pierde por eso claridad. Tres partes, cada una con su título, todas las cuales incluyen verso y prosa. Por esta mezcla audaz, podría acaso reclamar aquella clase de prólogo que los antiguos llamaban galeato, es decir, a modo de casco protector contra posible ataque. La objeción no vendría de ver intercaladas, entre los versos, breves prosas poéticas, sino, tal vez, de aquellas otras narraciones, más distanciadas de lo poemático. A la verdad, el autor ya se ha protegido, poniendo al frente un texto de Julio Cortázar. Sí, creo que es defensa válida. Además, en un libro tan rico, es preferible sumergirse en el goce antes que escudriñar si es justo o no que el poeta se dé al capricho de una expresión alternativa.

Esta «conjunción» de verso y prosa parece haberle brotado al autor de una intención creativa muy espontánea. Las breves prosas poemáticas esmaltan sobriamente la composición y serían, suprimidas las otras, tan sólo un contrapunto a la textura en verso. Llama, en cambio, la atención que las prosas más largas, narrativas o de reflexión, invadan la obra con una frecuencia progresiva. Dominan netamente en la última parte. Esto hace pensar que el talante creador de Hernández Castilla está cambiando de horizonte. No sería extraño que su libro siguiente se formara de prosas o, incluso, fuera una prosa seguida, una novela. Después de los Poemas de la tierra adentro, su presente Conjunción de espejos resultaría así un puente natural. Me arriesgaría a adelantar el título venidero: La balada de los paisajes anónimos. Es ésta una

expresión misteriosa que, sin conexión abierta con el texto cercano, salta de repente y parece dar ritmo interior al pensar de las prosas. Quizá constituya la sustancia y la médula de las vivencias profundas del autor. Lo mismo que, en superficie y cotidianamente, el café («los dos cafés», «el último café») marca la experiencia pequeña en su culminación.

Pero la vena poética de Tomás Hernández Castilla no se va a agotar. Es demasiado pura y grande para eso. Muchos son los hallazgos felices que podría señalar en el presente libro, desde el título, que se compone de una actitud personal (conjunción) y de una imagen preferida (espejos).

*«Sigilosos van mis pies desnudos
en busca de mi niñez».*

Está eso dicho al revivir la casa en que nació el poeta y que fue «techo de abrigo, de amor y de pobreza». Sintagmas como éste son frecuentes y, con sus tres sustantivos, adensan el sentir poético: «Marchitada la piedra, roca y cansancio». También abundan los de dos, escalofrantes, evocadores, tiernos: «Serpeando la noche y sus conjuros», «alisadas por el tiempo y su insistencia», «la casa de adobe y de abandono».

Tomás Hernández Castilla es un poeta muy exacto en sus imágenes. Y le place lo exacto, como le place el sueño, la soledad y la tarde lenta. «Paz exacta en el silencio de las cosas. Todo está». Rotundo abrazo cósmico. No entraré ya en más temas, aunque las prosas en torno al lago de Sanabria merezcan atento comentario. El tema del amor, tan fuerte en los Poemas de la tierra adentro, ha perdido aquí su aspereza. El poeta es ahora más recuerdo que tropiezo. Y yo le dejo hablar, con envidia por su expresión honda y madura:

*«En mis hombros
una gran nube blanca de recuerdos».*

Tomás acostumbra a escribir con mayúsculas un verso cuando es concentración y síntesis. Díganos con mayúsculas de admiración que este libro suyo, variado y rico, es un hermoso libro.

Enrique R. PANYAGUA

Un amigo me dice: «Todo plan de alternar poemas con prosas es suicida, porque los poemas exigen una actitud, una concentración, incluso un enajenamiento por completo diferentes de la sintonía mental frente a la prosa, y de ahí que tu lector va a estar obligado a cambiar de voltaje a cada página y así es como se queman las bombitas».

Puede ser, pero sigo tercamente convencido de que poesía y prosa se potencian reciprocamente y que lecturas alternadas no las agreden ni derogan.

Julio Cortázar

PROYECTO PARA UNA APERTURA

SECUENCIAS DE LA TARDE

I

Helos ahí, trigal inmenso
abriendo la puerta de la vida.
Lagos de ovas y de dudas,
mar inquieto.
Y yo encaramado por la verde siembra,
verdes trigos,
verdes lagos.

Y se hizo un racimo de experiencia.
Y se quedó en el olvido mi cansancio.

Serpeando la noche y sus conjuros
cruzaron lentamente la esquina de farolas.
La lámpara terráquea los estrena,
recorrido de mapas
conjunción de esferas.

II

Bebí la tarde clara
insinuante y terea,
y no se nubló el destello limpido
de charla y de impaciencia.
TODO FUE LA NOCHE
miel luz amapola y fiera.

III

Despoblada la tibieza y sus prolongaciones
un arcoiris de luminosidad comienza.
FUERTE ANHELO.

IV

Danza al viento ese tupido velo
interpretando vales de aromas y ramaje.
Hay temblorosas ramas compañeras de rocios
al filo mismo de la amorosa carne.

LARGO MAPA FUERTE ANHELO DULCE
|VIENTO.

V

En el misterio mismo de los profundos lagos
se me ha quedado dormida la quimera.
Baila verde el trigal,
azul los tesos y la dorada calle
emпинada de treguas y balcones
modula una larga sinfonía de estatuas.

VI

Ya los gallos nos llevan a la aurora
y ésa luz tenue despacha el último café.
De nuevo brillarán las representaciones.
De nuevo, constante, se firmará el contrato
de la vida, de la mueca, del amor;
y un aire, tal vez el último suspiro
quejumbroso y lúcido nos diga su porqué.

Llegó, se sentó,
no dijo nada.

Lento, extendió sus ojos por todos los colores
y ansioso se bebió toda la luz.

Aquel huertano no supo de la trigonometría.
Los libros en tropel le iban llegando.

Con la sonrisa helada,
un poco asustadiza,
entregó en mano el sucio telegrama.

Ahí llegan
con la tierra al hombro,
curtidos y eternos
color de corteza.

Institución Gran Duque de Alba

En el fuego luminoso del ocaso
la luna se rompe en cinco espejos.

Al soslayo del embalse aparece un rincón de ventanales. Sórdido amor bañado por la pureza extensa, transparente y cristalina de las aguas. No se atrevió a escapar la tarde sin antes reflectar el espejismo de su dios, espectáculo sublime de la luz.

En lo más recóndito, ínfimo, se esconde a hurtadillas, morboso de artificio y de tristeza. Gélido, inhóspito y cruel amor.

Atrás queda anónima en lo alto esa posada del camino, donde el oficio más antiguo deposita su decrepitud y su constancia.

Danza interminable de la alegría. Encantados jardines de rosas y claveles; lirios, madreselvas y geranios. Bailarinas de colores, muñecos y muñecas de trapo bailarín. Sonido tembloroso el del piano. Alegre o triste, dulce violín pausado y lento. Lentísimo se desliza el sol poniente con arrobos de fuego y de amor. Qué callada la noche; más sonora la música invade la oscura habitación. Bálsamo purificador, acorde recogido en sostenidos y bemoles. Llorones violines lejanos y próximos. Rubinstein recorre el universo de notas y de estrellas.

Se estremece este árbol, hojas desprendidas del cálido piano.

Esa gran bóveda azul, callada,
con pinceladas de sabia espuma blanca:
paisaje amante, te contempla
dulce y ansiosa, pensativa como mi alma.

QUE EXPLOSION DE LUZ LA TARDE

se mecen lentos
verdes y apretados chopos;
grises y canosos los bardales
peinan tus dos largas orillas.
Roca croa la rana, y el jilguero embelesado
pone música perfecta, la adecuada
en tu sinuosa maqueta de cristal.

TORMES

sigue tu espejo cincelando requiebros amorosos.

Celosa te besa con su pecho la gaviota;
incansable y cauto
el ruiseñor insiste con este sol de mayo.
Rasga el cielo, veloz, la golondrina,
y la abubilla inquieta se revuelca en el juncal.

Entre violeta y azul se alarga el horizonte;
salpica el barbo algo curioso y burlón,
zambullir de truchas y bardallos;
riberas del TORMES vivas.
agua y luz que bebiera FRAY LUIS.

PAZ EXACTA
en el silencio de las cosas.
TODO ESTA.
El deseo desnudo, quedo;
la borrosa mesa de recuerdos llena.
Cartas de amores lejanos.
cartas secas.
El viejo sillón rojo desparramado de libros.
una diadema de poemas nuevos para escribirla.
Blanca diadema.

ES ESTA HORA PRECISA EN MEDIO DE LA TARDE LENTA

SOROLLA gatea por el resbaladizo lomo
de la mujer morena.
Y el SOL, luminosa plenitud;
luz suprema que ciñe las formas.

Por la ventana se escapan los fantasmas;
griterio afuera.

TODO ESTA AQUI
y en este sueño apacible que me sube a la cabeza.

TODO ESTA EN MI CUARTO,
la brizna de hierba que quiero besar,
todos los rastros vivos y muertos de la Historia;
ése viejo lápiz de nuevos poemas
que hablan de UNAMUNO, de LORCA,
y toda la filosofía que quiero abarcar.

Semidesnuda sala de inquietudes !lena
con esta gran paz
en la tarde lenta.

«YO NO EXPONGO, ME ESTOY EXPONIENDO»

Sonó la frase rotunda, definitiva y comprometida desde su raíz primera. El eco expresivo, categorico, inundó como un vaho infinito todo valle. Le dio nombre y apellidos, ahí, por nombrarlos, por estarle constantemente inquietando la balada de los paisajes anónimos. Le hierva la intranquilidad estática de máscaras metálicas. Estatuas de carne. Andar. Silbarle al viento unos silencios poblados de recodos y de sueños:

...Y te agigantas y plasmas con tus manos
al humilde viejo surcado en mil arrugas,
al niño juguetero o al viejo carro
soportando el invierno, casi destortalado.

«Es la capacidad de profundización lo que te va a dar la percepción, el fluir, la trascendencia, para dárselo indirectamente a los demás». Voluntario ascetismo hecho de renunciaciones. Donde el hombre sólo es hombre, despojado de ornamentos y banalidades. Allí, donde en el fondo mismo del valle traza la mirada una circunferencia estupefacta, despaciosa y espaciada, retenida por un marco cambiante, conformado por horizontes azules, desiguales y luminosos. Donde se hace arco iris el transcurrir del día.

Desde Collado del Mirón hasta Villafranca, deslizada por las estribaciones de la sierra de Peñanegra hasta Palacios, se extiende emocionada, casi mística, una explosión de luz y de colores. Es el Valle Corneja. Entre los negros y azules profundísimos del enci-

nar emerge incendiado un rasgo intenso, una pincelada de amarillo puro, un chopo solitario, otoñal.

En su riesgo y precipicio, en el abismo de su cuerpo entero por la balada de los paisajes anónimos:

Se avecina y corona en derecho
el pardo teso, la encina, el verde prado;
el alto matorral, el portón, el mustio huerto
bordado de un zarzal, el río y los álamos.

«Permanezco en esta tierra para decirlo todo. ¿Qué hago en la vida?, exponerme, arriesgarme». Y exponer es exponerse, trazarle al cielo una canción de tierra hecha de sudor y de tragedia. Quizá la nada, una nada prolongada. La nada de un grito que nació con su primer respiro, con su primer lamento:

Te paras y ves al «hombre solo»
enconvardo y sudoroso en su trabajo,
tu eterno confidente, un campesino
roto, silencioso, duro y explotado.

Se me antoja incendiada Salamanca, Díaz-Castilla: (2,15 × 1,50). ¿Tres constelaciones? ¿Tres vivos y apasionados estadios llenando la metáfora? El suelo calcinado, atroz. Rojos ardientes ocupados de chismes, «cofradias», ventanas y tejados. Una infinita gama de grises y amarillos evaporados, ciencia abstracta.

«Pintaré hasta que me muera». Todo vive en la balada: chorros de amor se precipitan por los arroyos; zigzaguean claros o difuminados caminos y veredas; rostros decadentes. Planea majestuoso, todo de negro, el alguacil del valle. En calles atiborradas, ajenas o frías siempre bulle la misma quimera. Son la misma todas las ciudades, plazas empedradas, inhóspitos parques; hasta en el trozo de roca que ilumina el árbol está escrito: «Ineludiblemente un poco de tu universo danzará por Winker con ese perro ladrando a las estrellas, a pesar del desasosiego, misterio intemporal de la Balada de los paisajes anónimos».

Se quedó dormida aquella nube blanca.
Vestigios de sus llamadas
anidan por los hospitales.

Suena la alarma estruendosa
en los manoseados teletipos.

LA LUZ EN LA CUARTA PLANTA SIEMPRE DADA.

Racionado el sol,
desde los grandes transparentes ventanales
proyecta sobre la ciudad su rabia.

Dispara sus ojos verdes,
verdes azules y verdes.
Dos cometas soñadores
por la llanura del verde.

TANTA BELLEZA HACIA PONIENTE

La Alberca, el sol intenso juega en azules con los valles de robles, castaños y encinares. Después de llanuras de siembras y barbechos, de sinuosas quebradas, se acerca la zona montañosa. Tamames, Cabaco. Está la Sierra de Francia con su frente despejada. Gélida la nieve blanca. Aumenta esta gran sábana a medida que ascendemos. Se precipita la tarde. Se hace ya imposible la subida. Todo es hielo, resbaladizos espejos forran la pirámide de rocas. Todo es inmediato. Si bien ya hemos hecho acopio de celestes y dorados, de grandes láminas en vuelos de ceniza, encrespadas nubes como gigantescas olas en las cumbres, azuza un viento frío. El sol más que esconderse, se largó. Impetuosa viene la noche y ese insistente viento bufa con rabia haciendo volar inmensas esponjas cargadas de escarcha.

Es un cuadro nocturno, reposada fascinación La Alberca.

Transparentes verdes ojos escrutan y palpan las maderas y puertas. No se entra, se sube a La Alberca. En una simetría desigual, aleros de las casas cierran el paso a los ojos si miras para el cielo. Se diría que estas casas están hechas para, desde balcón a balcón, darse los buenos días estrechándose las manos.

Pardas oscuras, agrietadas vigas de castaño cobijan lo mágico, los perfiles más primarios. Infinitas callejuelas parten de la granítica plaza. Retorcidas, estrechas, larguiruchas callejuelas. En medio de la oscuridad los rincones te sorprenden con abundantes chorros de agua. Sonoras, incesantes las tranquilas, sosegadas

fuentes. Marco propicio para hilvanar historias de amores. Cuentos al anochecer.

La posada El Candil enciende todas las encrucijadas. Sensaciones, nuevas impresiones van acumulándose, regocijando el espíritu. Renovación de anhelos?, juventud siempre joven, mantenida, alimentada por ese halo de los que saben ver, mirar, vivir...?

Nava de Francia desparramada y solitaria. San Martín del Castañar con toda la luna bañando la hondonada. La noche ya está acostada y también se atreve a soñar.

¡Qué lejos la ciudad, qué desatinado el estrépito y bullicio!

Míticas y benévolas las brujas nos llevaron por soñolientos senderos a ver la luz de un nuevo día. La mañana luminosa se extiende por los cercados y valles. La Alberca ya se ha lavado la cara. Nueva nos recibe vestida de domingo. Inflamada el alma, abiertos bien los ojos, presto nos encaminamos ladera arriba. Infinito, límpido, el horizonte se apresta con la luz esparcida por todos los puntos cardinales. Espejea Portillo hacia todos los caminos. Allá en un fondo hermético, Las Batuecas. Desde la techumbre, en picado, serpentea la carretera. Cuajado todo de alcornoques, encinas, robles y más pinos; castaños centenarios, tomillos y sol. Un sol omnipotente, fiero, envuelve a las sierras ciñendo de colores las distancias. ¡Todo es color! Blanco el ímpetu se riega con sudor gateando la vereda. Un bosque inefable descansa perplejo como transportado cuadro de no se sabe qué ensoñación. El monasterio serio y altivo, taciturno, juega a contrapunto con la roca y el bardal en la base laberíntica del valle. En su curso el río insiste despierto. Es su música envolvente, caminante melodía; continua cascada agazapada en lo más hondo. Todo le bordea apoyado por el tiempo. Tras la gruesa y alta tapia se impone un silencio de serena indiferencia a nuestro paso. Ajeno, misterioso, extraño y extrañado bordado de cipreses, enebros, naranjos, enmudecido queda en su contemplación.

Ha jugado la pintura rupestre al escondite con los montes

escarpados y frondosos del poniente. Como una nota desperdigada de Ravel, sorprendida, rasga Isabel dulcemente esta naturaleza milenaria.

Son en punto las tres. Se torna el sol ruboroso y tímido al toparse con los lagos verdes, verdes azules y verdes. Sucesivas y agolpadas las montañas. Las Mestas.

Invade todo la tierra y la pizarra desde Camínomorisco. Invasión de la oquedad para no dar pan. Hambre y miseria. Las Hurdes. Los pinos y los olivos recientes como nueva vida van transformando la tierra quemada, paupérrima y volcánica. ¿Ha pasado por aquí no la vida? Quién sabe en qué lejanos siglos se detuvo. Parado el tiempo, escurridizas figuras de mirada confusa y perdida, esquivos, abortos en no se sabe qué, testigos mudos y anclados de sueños nunca hechos. Vacuos y huidizos, introvertidos y deficientes, no esperan con toda seguridad la tierra prometida. Aferrados a la pobreza intemporal forman coloquio de montañas y cabras. Huertecitos como la palma de la mano, un saco de patatas, un haz de centeno, la ubre de la cabra, el río, son su patrimonio. Hasta dolida música la del río herido!, río Hurdano. Quejido entre filosófico y mordaz el del tío Eusebio: «La pizarra, ayer cobijo, hoy clavijo». «No es gran madre hurdana sino amamanta de su propio pecho al menos a seis hurdanitos».

Su pipa gastada y cansada, sus dedos ya temblorosos de uñas largas y sucias; la boina parda, ladeada y mugrienta, su arrugada cara; su mirar triste y profundo me asegura como en un grito desgarrado y lejano que aquí no ha estado la vida. Gasco. En esta plazuela donde se acaba el mundo, todos los niños del pueblo con harapos, descuidados, juegan en perfecta igualdad de pobreza.

Qué mustia está la tarde del domingo aquí! Largos negros manteos, furtivos, ponen luto a la muerte de la vida aquí. Vacío de esperanza, el mozo hurdano extiende sus ojos por las cumbres. El río se lleva como en un salmo mortecino las plegarias. Las Hurdes, grito ahogado y estripado por montañas de pizarra y escasez sin

pan y sin consuelo aún hoy, aunque forzadamente muchos se han sacudido el polvo de esta tierra.

Dolorida y olvidada, y por ello más profunda la belleza espera, serena, con su voz inagotable hacia poniente.

Por las últimas rendijas de las más empinadas peñas este intenso día lentamente enmudeció. Quedaron atrás Las Hurdes con su lamento ancestral. Es el cuadro un canto nocturno. Pesga, tortuosa de pinos, encinas y robledales. Atenuados los montes, aparecen lomas y llanuras con matorrales y praderas. Sigue Guijo recordando a Gabriel y Galán. En el Embalse, la noche es de agua y de versos. Tupido velo negro el del agua quieta. Nidos, lucecitas apiñadas los pueblos. Baños de Montemayor. Extendida ya toda la negrura por las montañas de Béjar, apenas plata la luna, reflexiva oscuridad. Silencio. Salamanca.

Entre los mil avatares de aquella lucha tierna,
una vez más, sedientos,
el pan de sus cuerpos amasaron.

Definitivamente roja la sangre
y rojo el vino, comprendieron,
que ya no podrían olvidarse.

A la luz de la lámpara en el cálido mesón
se arremolinan todas las miradas.

Amarillean a lo lejos los rastrojos,
tímida una torre parda se levanta
con tres ventanales oscuros
el nido y su cigüeña blanca.

FERTIL SOLEDAD

Qué regocijo y vibrar del alma
en la llanura extendida y verde.
Están dormidos con la tarde
los pueblos y el cementerio.

En La Armuña, La Vellés,
un sol nítido, diáfano,
dorado de rayos y de luz, acampa
con la casa de adobe y de abandono.

En equilibrio grandioso, horizontal,
rompe el silencio un gorjeo
de música inventada.
Revoloteo de pájaros en la charca estática.

Una gigantesca cúpula azul
arropa ésa fértil soledad,
ése escenario,
verde lámina de trigales y de calma.



RETROSPECCIONES

 Institución Gran Duque de Alba

LA CASA EN QUE NACÍ

Enmudecida y sola está
la casa en que nací.

La luz en mis ojos del pleno sol de mediodía
me abre la puerta
de aquel diminuto corralillo.

Entre musgo y telarañas
mis dedos temblorosos palpan
la adusta piedra, el adobe y el candil.

SIGILOSO ESTOY POR SI LA ENCUENTRO.

Un reguero de barro por el suelo
en que ya la teja rota no pudo detener.
LLUVIAS Y FRIOS DE INVIERNOS.

Alzo la mirada y allí sigue
el rectangular cielo acoplado
con la negra chimenea.
Mohosa y carcomida la madera
fue techo de abrigo, de amor y de pobreza.
Aquel tabique de barro de mi cuna
con este escalofrío se sostiene apenas.

Enmudecida y sola está
la casa en que nací.

Sigilosos van mis pies desnudos
en busca de mi niñez,
y con un tizón vivo sentada
bonancible y fiel, toda la historia
desfila amorosamente a la lumbre.

El bolso negro, la camisa y tres o cuatro libros.
Cuánta miseria humillaba la metáfora
en mis ojos de niño.

Es aquel vuelo de tren hambriento
de idas y venidas,
largura de mi juventud.

En mis hombros
una gran nube blanca de recuerdos.
una cita.
Tierna andadura no olvidada,
espejo laberíntico.
Candidez y memoria hoy renovadas,
iluminadas
por el fuego sereno de esta lumbre.

El humo en la vieja taberna
me emborrona tu silueta.
la oscura mesa y los dos cafès.

En ese rincón de la añosa taberna.
todos mis sueños se paran a beber.

Exponente del olvido y la presencia
como un sueño roto el arado.

Bajé hasta la noche
por los arrabales.

Me quedé mudo.

Como dos globos de lágrimas sus ojos, rememora desde hace siete años la traición. Recostada contra los barrotes, hundida con sesenta años encima, perpleja, confusa, asustada. Una insistente madeja amarga de agua se esparce por las cien arrugas de su cara. Soltera. Tapiado el cielo por nubes de metal, hormigonadas paredes, hierro frío y soledad; en una instantánea iluminación se dice: «No creo en nada».

Y nuevamente hermética, aprisionada por esa batalla de recuerdos, tiembla su carne herida. «Sesenta años..., ¿para qué?».

Al momento, como un alivio, entre un suspiro profundo y dulcemente humano, le ha nacido la resignación.

Triste el muchacho
de madrugada se levanta.

Entre verduras, marginados y alcahuetas,
en la gran ciudad ajena,
sola así, su soledad avanza.

También conoció el amor:
o a eso se le parecía.

CRONICA

A tí, héroe cotidiano,
que honestamente levantas tu camino con amor.
A tí, mujer,
que friegas con tus rodillas desolladas la escalera.
A tí, mecánico del asfalto y la penuria,
peón del equilibrio y del andamio.
A vosotras que escondéis vuestros ojos a la luz del día,
de la vida,
muchachas, mujeres, que pululáis inciertas por los suburbios.
Tú que escondes la tibieza y el engaño
en ésas tus torres de hielo y de quimera.
A tí
pragmático y todopoderoso señor de tus ruinas.
A tí joven, que aún estás a tiempo.
A tí, niña
que te llevas en tus trenzas mi mejor canción.
A tí
que tanto te pesa la prisa en la mañana,
la mano en el teclado, el humo de la fábrica.
A todos vosotros, sangre vertiente por los hospitales.
Tú que aspiras a forjar hombres en las aulas de la comprensión.
Tú, perezoso y despistado, marioneta del capricho,
caminate de la alucinación.
Tú que has visto la cortina de agua del desengaño en tus ojos.

A tí, trotamundo de la noche atrapado en tus placeres.
A tí, pájaro metálico, jeroglífico del aire.
A tí bohemio, bebedor de lunas y de versos.
A tí muchacho de andrajos y cartones,
compañero del hambre y de la insolidaridad.
A todos vosotros huéspedes de cárcel, psiquiátricos y olvido.
A tí, viejecita,
recluida pacientemente en tu soledad.
A todos vosotros
pábulo de la pompa hueca y de la intranscendencia.
A tí, campesino austero,
mago de la besana y del trugal.
A tí, sabio de veredas, temporales y cañadas, pastor.
Tú, campesina, tierra fértil
milenaria de arrugas y de canas.
A tí, manojo de agua, nube y viento, marinero.

• • •

A tí, indefectible macrocosmos,
paisaje abierto de los días y las noches...

Rasgaba, rojo, aquel nuevo ladrillo,
hundiéndose en la mano suave y blanda.

En el duro aprendizaje de la vida
eran ya líneas trazadas.

En su teje-maneje el principiante
adoró los pechos flácidos
de aquella experta dama.

He visto a un gato huesudo, moribundo, tambaleándose y comiendo los excrementos de sus semejantes. Por los tejados abandonado, tropezaba una y otra vez con las tejas rotas y su morro daba contra el suelo. Casi de golpe, abstraído, he pensado

en los grandes banquetes repartidos por doquier entre cortinas de lujo, manteles deslizantes y cojines de lujuria. He pensado en la abundante bebida rebotando en copas de plata y miradas de enaguas y de escotes. He pensado en los acantilados y playas, mares lejanos y avenidas, viajes de placer. He pensado en los vuelos histéricos, parabólicos, temerarios y mortíferos de misiles y de bombas. Ha recorrido mi mirada este globo por la historia de los tiempos, tan dispar, tan abarrotado de arribistas, injustos, oportunos. Ambiguos, iluminados y santones. Ridículos, imprudentes y tiranos. En silencio, me he preguntado por qué me pregunto tanto, si siempre habrá sido así.

La tristeza con ese gato, me ha llevado a los famélicos, indefensos, abandonados e impotentes y he pensado en el hambre. No me he encontrado con Dios.

PEÑANEGRA CON SUS DOS VERTIENTES

Asociación de imágenes e ideas

Peñanegra azul. Fue y es horizonte de mira. Cumbre de mis antepasados. Altísima veleta. Corneja al norte, recogido valle por dos gigantescos brazos. Siempre, como en este mayo, se dan la mano el chopo y el bardal, el álamo y la encina.

Extiendo mis ojos en la lejanía y toco el monte Umbrío el Rebollar. Sonora la música del Valle. En esta inmensa oquedad que formo con el puente, tú quedas en lo más profundo Valle Corneja. Motitas blancas te pueblan: Piedrahíta, Malpartida, El Collado, Becedillas; El Soto, El Barrio, Bonilla, San Miguel; Pajareros, Mesegar, Tórtoles, Cabezas de Bonilla; El Berrocal, Palacios, El Villar; todos forman la apretada historia. El viento, el frío, tomillo y piedra; riscos abrazados como tumbas descansando silenciosos con la tierra. Cercas amarillas, prados verde claro, barbechos pardos rectángulos. Montes de encinares verdinegros, ennegrecidos montes. Atalaya, mirador, místico mirador. Serpien-

tes son todos los caminos. Cascadas, transparentes manantiales. Silencio y soledad, viento frío con la tarde a cuestras. Volcán de nubes, Valle Corneja.

Negrísimo gavlán lanzado en el vacío. Siempre de luto vuela el pregonero. Solitario el canto del jilguero escala la empinada sierra. Se calla. Herguijuela, Tórtolos, pueblos pobres de Castilla sola. La fuente fría en la plaza fría. Siempre la Solana y sus rincones. Ahí están curtidos y eternos color de corteza los campesinos.

Ya se acerca el último rayo de sol. Es el bar «La Cumbre» en la Herguijuela un montón de color tierra, agua y sal.

Sierras de ramos y de piedra. Ortigosa, San Bartolomé, robles y despeñaderos. Al fondo Gredos. Alto silencio. Gruñón el grillo se topa con el cauce cristalino y brusco del naciente Tormes. Blanca sierra de Gredos. Montañas coronadas de hielo y de nieve. Cadenas iluminadas de montañas. ¡Qué gran extensión de azul el horizonte! Sucesivas colinas, negros y aislados nubarrones. En lo más lejos el sol se está escondiendo con fuertes chorros de oro. Quema mi interior. Pasean los enamorados. Tintinean las esquilas de vuelta a la majada. Sólo las viejas acuden al rosario. Cesan las campanas.

Navalperal, Zapardiel de la Ribera, Angostura; floridos los perales en los alegres huertos; intensos verdes prados. Bandadas de pájaros ponen música al pequeño cementerio. Ya solo peina el sol las cimas. Se acaba el día, ¿se va la vida?

Grandes manchas oscuras en la ladera, en el cielo panal de miel, dulce postura. Otro griterío de grillos en la espesa yerba! Ya se calla el cementerio. Pegajosa espuma rueda por los peñascales, runruneo del agua que se va con ella.

La Aliseda, Horcajo de la Ribera, Bohoyo, me basta con nombrarlos. Ruiseñores, tordos y pardales; alondras, musical de pájaros y estática la montaña. El tomillo se engalana de olores y retama. Más intenso aún se torna el amarillo del piorno. Alamos.

Ya sólo ceniza en la alta sierra. Sola la nieve blanca. Con los
cielos a oscuras más se expande unísona y machacona esta melo-
dia de grillos.

¿Será ésta la misma noche intemporal, ocupada con los sueños
primarios de mis antepasados? Heme aquí, acumulación de eda-
des. Hermosillo. Los Llanos, la noche con tres cruces blancas en
mi conjunción, y Barco de Avila.

Como impulsado
por no sé qué espejismo irresistible,
ya se encuentra sumergido, destruido
en pleno viaje alegórico, sonámbulo y cruel.

Como cuchillos cortan la mirada./como atrapadas alimañas
en los orillados basureros./los ojos agazapados y vidriosos,
así los paisajes muertos./Desde el cielo azul, ajeno y pasajero/la
luz se estrella, dolida, contra el blanco muro.

Con las primeras claridades la Abadía de los Hierros prosigue,
fiera, sus hazañas: destruir. Sobre desolados desiertos nocturnos o
poblados de enjambres al avanzar el día, el tedio y la molicie
enjalbegadas, el fétido fango incrustado entre las corroídas pie-
dras de los alzados paredones, hablan con Oscar Wilde de la sole-
dad.

Allí, lejos de la presencia y la memoria, ahito, todo se pudre.

Institución Gran Duque de Alba

DE LOS PROCESOS...

Mira, amor mío, el juego de colores de torres y farolas. La piedra blanca añosa y pura; las enhiestas veletas a lo lejos. Altura y piedra y lluvia; suelo nuestro. Dura piedra dorada, correosa y sufrida. También frío, en el deshabitado parque viento y frío, temblor de ramas ateridas. Y ya las hojas son amarilla alfombra, abono para una nueva vida. Que vendrán más hojas vivas y se renovarán los sueños.

Hoy, como al descuido, lentamente con esas hojas se nos ha caído de las manos un puñado de soledades juntas.

En la penumbra de aquella calle sola
se almacenan todas las querencias.
Estridente la música y el desasosiego.
Avidos los ojos y los labios ávidos.

PAISAJE URBANO

Rompe el jazz la tarde en La Polémica. Jóvenes dicharacheros de libros y quimeras. Rojo terciopelo en la pared y ése doble espejo semicircunferencial. Grandes ventanales conforman una ele blanca, cóncava. Aparece en el ochenta y dos con el vuelo entusiasta y anhelante. Hondura de cimient. Esa tez, pálida redondez de una cara lánguida me deposita un gran café. El zapato estilizado, la media negra en la finura alzada de la pierna. Mujer polémica.

Si entras descuidado, a tu derecha abanico la luz te cortará el traje adecuado para este recorrido. Crisol el ventanal. Fotografías, pintura incipiente, pura e infantil: exposiciones abriendo el sueño a los caminos. Acogedora, pálida y dorada toda a la larga esa ele blanca, deformada, artística. Apiñadas mesas de blanco mármol. Repite en ellas un murmullo de fondo que te absorbe. No hallarás un hombre de sesenta. Entre el rojo de la pared y las botellas, la pequeña chimenea negra cuelga del techo. Siguen las conversaciones. El jarrón con doce claveles preside en el rincón. Lámparas, pequeñas campanas transparentes. La Polémica con la letra escayola apegada a la misma simetría.

En la Plaza de la Fuente con el agua, siempre zumba una sinfonía de pájaros. ¡Y se le cae a uno el alma! «No tengo dinero, tengo seis hijos y no cobro paro». Tiritita la pobreza en esta tarde de invierno.

Siguiendo Bordadores. Unamuno me recibe suficiente y dubitativo, contradictorio. Con las manos cruzadas a la espalda me

sigue eternamente hablando. ¿Son dueñas las Ursulas?, le pregunto, me dice que no sabe. Adivino que no.

Excepto en horas de Universidad, sola a la intemperie sigue la calle Compañía. ¿Para qué tan enhiesta y soberbia la fría Pontificia? Son cometas perdidas, inalcanzables allá en lo alto sus velas.

Entre antiguos cacharros, Zafiro. Jarras y candelabros, almirces, libros viejos, cofres, atriles, calderos y faroles. Angeles estáticos y voladores, un soldado medieval; retrato de una mujer hermosa, la boina malva. Castaños-oscuros sus ojos, labios entreabiertos, sensuales, bufanda en tono lila y el nudo en el punto-vértice mismo de sus dos colinas. Como al donaire, un hombro asoma rosa por la ladera florida. Quieta, serena, todo lo preside. La calle Meléndez continúa su aventura facinerosa. Impregnados de años y de historia siguen hablando amorosos los mantones de manila. Recupero del olvido su añosa juventud. Sermonarios libros, tomos de polvo y silencio. Iconos, tapices del diecisiete. Abarrotamiento de antigüedades.

Pink-Floyd suena en el Alcaraván. Toda sencillez Manoly me acerca otro café. Entre el humillo y cálido vapor mis dedos abrazan la pequeña y blanca taza. Me sorprende Samuel («Papeles del Martes»). Abstraído entre las gafas, un poco lejano, coincide en la frialdad de la revista, poco natural y mucho de académica. Transcurre la conversación ya entre dos copas de coñac. Se despide con un «hasta luego» y prosigo mi tarea. «Ultimamente escribo poco, me suelta a la salida, aunque no lo dejaré».

En la difusa promiscuidad abunda la juventud en este café nacido en los ochenta. Ya en el recogido Salón de exposiciones y acomodo, uno se siente invadido por la atmósfera moderna de música y papel. Espera paciente el piano. Arrobamientos de amor fertilizan su armonía. Mármol y madera de las mesas evocan al Gijón. Espejos de aquel lugar y tiempo de poemas. Madrid al fon-

do, acoge a todos sin rumbo y desbordada. Acracia y cultura. Insólitas semblanzas también llenas, rebosando alcohol.

Piedra sobre piedra con líneas de cemento El Bardo expande música de Liszt. Terco golpear en el piano. Diciembre del ochenta parió a este hermoso café. Comunidad de juventud. Clara-marrón la madera testigo de coloquios. Oscuros, pardos vasares equilibran botellas de todos los colores. Dos montículos: El Bardo y El Alcaraván encogidos, tímidos ante la altiva, soberbia montaña de La Pontificia.

Mole de piedra Libreros, farolas en La Media Luna. Resplandece el Plateresco. Iluminando sigue Fray Luis. Rectángulo del saber Patio de Escuelas.

Perplejo y adisgusto se siente Homero en La Latina. Camino abajo por Libreros desemboca el olvido y decadencia. Alcohol y droga, estridente la música. Veracruz. Niños y niñas y miseria. Neil Diamond dulcifica el hacinamiento y empujones. Turbios todos los ojos sucumben. Estrepitoso este sábado recostado en esquinas de pipas y meadas.

Polopós —dios de todos los dioses— blancos y negros agujeros escondidos. «No es Salamanca lo que era, dice Hermenegildo, está bastante degradada».

Corazón negro encadenado, negro muchacho mutilado de harapos y serpientes. Penetrante y fija me observa esa mirada. Quema en la palma de la mano ése no sé qué, de actualidad. Santa Elena, Rama-Bar, Polopós. Decires de ese mundo, y hasta el Wáter tiene su por qué.

¿Hombres?, niños: «Y tus cabellos / siempre limpios /que me recuerdan más / de lo que es la naturaleza». «No me doy cuenta de que vivo / Ay, pues es de muerte». «Te doy todo / y además / lo que no esperas: por el culo». «Perdóname por no haberme enamorado / ni de tu cara / ni de tu conversación».

¿Mujeres?, niñas: «Sé que eres muy frágil / pero yo quemo mi interioridad / en tus deseos». «Yo también quiero a otra». «Aquí

estudió mi madre», (una mala hija). «Estoy al borde del éxtasis». Llenas de arañazos y hasta esperma las paredes. Graffitis del inconsciente. Botellones de cerveza aunan las comunas. Arrinconado y solo el Archivo Histórico. Casa Lys de todos los suburbios: adiós toda Veracruz.

La luz en las alturas de las Catedrales amedrenta mi paso callejero. Nuevamente se me antoja la soberbia, la opresión de aquellos tiempos analfabetos y feudales. Es el foco en la farola rayo luminoso, aunque para otros tiempos. No os cito expresamente casullas y bonetes. Carencia de cultura. Pasos despiertos debieron ser; no la tierra oprimida de vidas y de haciendas.

Se hace más lánguido y cansino este raciocinio. Manipulados los tiempos, historia trastornada por duques, reyes, papas, curas y por condes. ¡Cuánta injusticia!, se levanta el grito. Duerme ya la farola y sus turgencias. Besos de enamorados en Anaya. Arrinconados libros, bellos durmientes, depósitos de ideas. Abierto está en mí este gran libro. Salamanca.

Justo en la línea dos mil tres La Rua se retuerce. Derechura tan cansada y milenaria de Universidades. Marchitada la piedra, roca y cansancio. Aquellos ojos silvestres, de brazos hercúleos y sudados, no averiguarán a deshojar la margarita de estos días, mis días.

Cortázar a mi lado me dicta Rayuela. Oliveira sigue enfrascado en sus tratados. Se ha quedado dormida, borracha de lirios, La Maga. Taberna La Rayuela, nuevamente mármol y bronce las mesas. Se derrumban los techos cargados de encina. Abrumado el espejo de humo y cerveza. Enhiestas columnas de Villamayor. «Nombres que son fechas», liturgia de amor que no dijo Antonio. Aborto por San Polo y San Saturio, con la sombra de los álamos del río, subía y subía la estela temprana, agónica y bella de Leonor. Me olvidé de Cortázar. Desapareció con La Maga por la nube blanca de los sueños.

Ajenos y turbios tras de mí esos ruidos de jóvenes y música. Lagrimosa la lámpara ilumina la meada. Resbala mi pisada. Hue-

llas, pisadas del dorado paisaje, tenebrosos también rincones de Salamanca.

Pipers, cerrado. La Fragua, cerrado con la disputación. Disputa de ideas sociales y listas, todo a derechas ratones roedores al mejor postor. Aglomera la noche grandeza de capas, sorbidos de whisky, revuelo de faldas.

En la Plaza de San Justo juega la geometría con el álamo y bardal. Presas sus raíces se ahogan en el cuadrado de piedra. Injusto Rivendel de troncos y cielo artificial. ¡Oh, sorpresa, aquí lo tienes! Para él se descorcha el tinto Valdepeñas. Enlutado de capas y de zapatos, «a mi como a los ángeles me viene, me sabe tan bien...?». Repeinado, amanerado, impecable de artilugios refinado, relamido; huera la palabra hasta el último decir adiós..., en La Vega que no soporta nada. Plaza de San Justo, justa herida que ha de cicatrizar. Venideros tiempos.

La ribera fundida y manchada de estatuas, «larga sintonía de estatuas» esta Gran Vía robótica y monótona. Aburridas muchedumbres dominguean el tedio y sopor de la semana. Se engalanan, se gastan y desgastan pululantes, humedecidos de vino y cerveza en Callejones, Tangos y Leonardos. Prepotentes los bloques de piedra y balcones aniquilan un rayo de luz. Inagotable prepotencia, babosa y renqueante se estrella en el asfalto mudo.

Birdland, remolino de sustancias, danza rota. Liturgia heterodoxa del amor. Empinado pene de tres pisos regando la barriada. Murciélagos lucientes de sedas, trapos, música. Agrandado el deseo Gran Vía arriba, se vende y se compra en Number One.

La sonrisa de Mozart se torna asustadiza. Solo y serio Beethoven arregla el último compás. Berlioz, rebelde, se revuelca por el suelo. En Parsifal está pensando Wagner, y Freud en revoltijo de nervios, no sabe qué hacer.

Por la calle Azafranal rosas, grises y azules las miserias con la noche se aposentan en la Plaza Mayor. No escribió Quijano tantos libros en Cervantes. Apiñada torre, erguida, silenciosa ciencia.

Corrillo vuelve a renacer la andadura de espejos y de magia, charlas poéticas, muchachas, libros y café. Queda ensimismada, dormida, herreriana y barroca de arcos y de piedra La Plaza Mayor. Mientras tanto, conmigo se van semblantes, sueños y paisajes; todo lo descrito, camino del olvido.

Por fin
ese viejo ya renuncia al cielo.
Su lucha y su tesón, la incertidumbre,
le inclinan la cabeza para el suelo.

En la duda que debes de tener.
se apoya todo tu futuro.

EL VIEJO DE LOS CAFES

Se le ve aparentemente perdido, solitario, pensativo, cabizbajo. Lleva un atuendo descuidado, muy usado, con cien años. Le preocupan, dice, esas menudencias. En realidad, sin duda, es respetado. Silencioso, cruza las calles con las manos enlazadas en la espalda. Conoce los rincones más conspicuos y más sucios, aunque ama sobremanera las tabernas. Sólo bebe vino tinto, algún café y nunca va borracho. Hay que mirarle atentamente para poder indagar un poco, sólo un poco, de lo que pueda estar escrito en el fondo de sus ojos.

Cargado de hombros, calvo, desde la nuca le cuelga un manojo de fibras blancas. Su barba, también blanca, atusa con el índice y anular de su mano temblorosa. Hay en este gesto como un rito innegable, misterioso, fijo, persistente y su mirar traspasa la pared. Con la caspa y el sudor el cuello de su chaqueta gris se ha ennegrecido. El tiempo ha ido madurando junto a la ceniza del cigarro esos antiguos, lejanos sueños que obstinadamente se empeña en preservar. Siempre fue así, son su refugio y salvación. Sesenta y siete años son pocos para tantos sueños. Es inevitable, de las pocas

cosas que estima en este mundo, acaso sea esa macilenta y terca fiebre que del cerebro le baja al corazón. Irresistiblemente algunas veces le hace llorar y en su descarga se mezclan lágrimas y versos. Son ilegibles estos versos; más se diría, se asemejan a rocas, árboles, riachuelos, estrellas, horizontes. Muchachas lánguidas y blancas; oscuras callejuelas o invadidas por un tono rojizo de alzasas y metálicas farolas; con desgastadas aceras o iluminados ponientes.

Sin levantar la cabeza escribe de cosas imposibles: de la solidaridad, miradas transparentes, blancura de papel; de alargados, abundantes, amarillos valles. De inolvidables amores, de la queja, del dolor.

De vez en cuando se para y con el murmullo del agua que surge del peñascal aspira una bocanada de humo. Un poco fatigado, se sienta. De repente, le despierta un dulce apareamiento de dos pájaros en el follaje. Revoltado su plumaje pardo por la cuajada hierba, un intraducible lenguaje levantan con el vuelo. En su viaje callejero ha escrito tres folios y no sabe por qué.

De vuelta, casi de madrugada, callada y solitaria la ciudad, a este viejo le entristece sobre todo el mercado humano de carne desfondada. Ya en el quejumbroso ascensor que le acercará a la altura de sus sueños, desenvuelve los folios arrugados. Con ellos se sentirá un poco menos solo. Su costumbre es escribir en los cafés.

VALLE DE AGUA (otoño)

Está la noche callada, indiferenciada y mágica. Mujeres, hombres y niños apelotonados en un solo rincón. Una luz tenue, sola, casi apagada, iluminó todo el contorno. Sorprendido por el encuentro me llegan sonoridades abismales. Toda la noche y su profundo estar anclada en el silencioso Valle de Agua. Oscuro infinito espejo. Tullida la muchacha se retuerce torpe y lenta. Gritos en la media noche se acumulan en la taberna de cristales humedecidos, aliento cansado de los campesinos. Sólo doce o trece, doce o trece voces extraviadas en la balada de los paisajes anónimos.

Atrapadas sus miradas, rotas por las sierras tan cercanas, bañadas por un velo extenso y negro que no las permiten mirar más lejanía. Tienen cortado, sajado, el horizonte despiadadamente.

Oscurecida está ahora toda la belleza. Es una búsqueda la noche; enamoramiento existencial. Rodeada de un murmullo acuoso, la profundidad dormita con sueños mojados y calientes. Tiene el silencio como un sabor a olvido y soledad. Se me atraganta la inmensidad de este silencio. Agolpadas las sensaciones merodean sobre las rocas, sobre los árboles, sobre los rostros de este Valle de Agua. Ribadelago a las doce de la noche y en otoño, es una solitaria catedral despoblada con todas sus vidrieras apagadas.

Es ahí donde el recuerdo doloroso, perentorio y constante se presenta. Donde el ajetreo y jolgorio veraniego hicieron un muladar, hoy, en esta noche de difuntos, solos, sus campesinos son tierra común con sus antepasados. Son tierra más auténtica, más real y desnuda Ribadelago.

Apenas perceptibles por el sueño, doblaron cuatro minutos las campanas. Lejos de aquí yo también tengo mis muertos. Alargada ya toda la noche, cansado y expectante a las dos de la madrugada, rendido, espero el nuevo día como una encantada lumbrera.

Una sorprendente impresión, luminosa armonía universal aparece con el alba. Agrietadas las rocas formando cañones, de vez en cuando pintarrajeadas de amarillos chopos, rojos y rosas los cerezos. Robles, robles y más robles asentados en alfombras también amarillas y chirriantes, ya secas las hojas. Una luz invasora, acrisolada, calienta mi abierta frente a las diez de la mañana. Todo el otoño crepita alrededor del Lago. Como un lápiz de labios, un bisturí, grises y canosas las gigantescas rocas con el agua, trazan puntuales demarcaciones en el hondo pozo de los sueños. Ya despierto de sus ensoñaciones nocturnas, saluda ruboroso a la silueta de agua, diminuta figura de un pescador madrugador.

Inconmensurable pozo transparente, acomodo y mirador de grandes peñascos, bardales y chopos, castaños y sol.

Un alto cielo azul se deposita y colorea las riberas bailadoras con el agua. Caprichosas marionetas brujulean entre las verduzcas ovas por los espacios de nubes blancas o plumizas. Resbaladizos montones de piedras, desgastadas, alisadas por el tiempo y su insistencia.

Aquietada apenas por el aire, baila un vals lenta y armoniosa por los planos del espacio, esa gran hoja de roble. Celoso todo el paisaje se arremolina en el valle. Plasmada en él está hasta esa larga estela algodonosa y blanca del «pájaro metálico».

Justo mismo en el ángulo del cañón se presenta fugaz un cua-

dro de Van Gogh, verdiplatas, fuertes amarillos, ocre, arropan y acompañan a esta abierta y viva sinfonia. Los huertos recién arados, el rocío amoroso en las briznas transparentes de la hierba, la frescura del nogal y esa emoción alzada de luz con una nota dulce y tierna, el canto perenne del gorrión.

Crucificadas las rocas de grietas y de odio. El recuerdo amargo de un nueve de enero vaga errante por las montañas. Destripados Cárdena y Segundera, reventados, estallados, callaron para siempre la voz de ciento cuarenta vidas. Hoy ruborizado y temeroso, minúsculo, se esconde tortuoso el río Tera. Arrastra con su rumor el peso de la memoria negra a cuestras. No debió nacer el «cincuenta y nueve».

Junto al asombro del paisaje y la memoria, un asomo sombrío de pobreza y abstracción cruza la cara curtida de estas gentes. De todos los lugares, mano con mano se dan los campesinos, esa eterna justicia por venir.

Nadie te pregunta por qué estás. Imponente, retirada, la mole maciza de granito cierra ruda y hosca como un grueso tapiz tramado la balada de los paisajes anónimos.

Sólo por la estrecha vereda me enajena esta asombrosa soledad poblada. Belleza quieta. Se hace dueño un gavilán por los grises, azules, celestes y dorados, rítmico, rubricando con su vuelo la grandeza de esta paz llena de colinas. Trecho abajo, ya en pleno pueblo de pizarra por tejado, el viejo Ribadelago, se peina sentada al sol en un poyo de piedra una mujer de luto. Estatua acurrucada, taciturna, tristeza de siglos y de espera. Anónimo yo también en el rincón del bar junto a la ventana que se espeta con la Iglesia, contemplo a un puñado de mujeres, hombres y niños, que salen despaciosos, compungidos. Aproximadamente son unos cincuenta. En hilera por la tortuosa y angosta senda, atraviesan huertos y praderas. A unos quinientos metros se halla el pequeño cementerio, recoleto, recostado en la ladera norte.

El sollozo y alarido cunde e impresiona aún más con la plenitud del mediodía. De un silencio profundo se ha vestido el Valle de Agua. Desfilando en primer lugar va el sacerdote, su capa malva con ribetes plateados contrasta con el entorno pletórico y salvaje. Tras él los sumisos campesinos. Cierra a mi lado la procesión una mujer de negro. Anciana, renquea apoyada en un pardo bastón. Su mirada en el suelo, recogida en este día de difuntos, enjuga sus lágrimas en un pañuelo blanco.

Ya en el huerto de los muertos se desborda desgarrado un llanto común. Palpan sigilosas la piedra y la tierra de las tumbas. Obedientemente acompañan al sacerdote en su liturgia. En un ángulo con yerbajos altos otra tumba olvidada inclina mi mirada. Estático, un poco perplejo, me desconcierta esta fe apiñada en el cuadrado de fosas. A la salida toco la piedra fría, el postigo de la puerta, echo la mirada atrás y un poco mis pensamientos quedan con los muertos. Solo, por esa misma vereda, de vuelta con el sol de frente, cada más lejanas se escuchan las voces desiguales de las oraciones. Todo me enajena.

A las cuatro de la tarde desde los ventanales del comedor un cuadro vivo, una enorme acuarela iluminada se esparce. Nuevamente la verde y apretada hierba, los cimbreantes chopos, bardales cenicientos; casi azules y a hurtadillas los riachuelos se introducen en el Lago. Con las sombras, aparecen violetas desgajados en las cumbres envolviendo a los riscos y desfiladeros. Embebidas, las vacas pacen su quietud. La ocre stampa del campesino que las cuida es un coto movedizo recorriendo los linderos.

Con las diversas estaciones irisada de luz, amorosa y sugerente, atractiva, dolorosa o amarga, esta balada siempre estará empapada de belleza. Escucharás sus notas con la certidumbre de estar inmerso en una magna sinfonía inacabada.

San Martín de Castañeda,
espejo de soledades,
el Lago recoge edades
de antes del hombre y se queda
soñando en la santa calma
del cielo de las alturas,
en que se sume en honduras
de anegarse. ¡pobre!, el alma.

Bouzas, Lago de Sanabria, 1-6-1930
(Unamuno)

VALLE DE AGUA II (primavera)

Es el verde en sus diversas intensidades el que encortina y empapa los pliegues de Sanabria. Si el sol, luminosa plenitud, va dictando con el tiempo el resurgir de la vida y la emoción; con la primavera henchida, el apogeo y alborozo se extasia y se detiene a la vez que fugitivo y transparente en su más alto valer.

Ya el otoño despojó los más variados pareceres: rosas y grises, amarillos y naranjas, verdiplatas y morados, ocres. Enzarzados todos los colores al azar, ponen a la imaginación en vilo por los regatos y peñas.

Las vacas negras, pardas, blancas y negras coronando crestas peladas y rocosas me dicen de otra historia. Si la primavera en los

altos cerros, calvos y reseco, no es tan habladora; zarpazos perguenados de afán en sus habitantes, como paralelos sueños empinados, los aúpan hasta la misma cúspide. Hasta allí mismo, con sus anhelos y andares desvelados caminan en pos de su sustento. En realidad, la primavera aún queda más abajo.

Sobre la tierra quemada de los huertos, entre el espeso polvo y el vuelo atosigante de las moscas, son la misma silueta oscura la yunta y la campesina. Campesina amarrada a la áspera cuerda que sujetas y dirige, sus manos encalladas, de hombre, la aventura del surco. Otras, lentas por los caminos, con la rastrilla al hombro, enlutadas, van hollando fúnebres con su voz agonizante acuestas.

A la salida del pueblo, por las esquinas, facineroso, ¿quién se llevará el sudor...?

Recodos y barrancos, visibles apenas las veredas retorcidas, por ellas, escurridizas y calladas asoma tan pronto un rebaño de ovejas o de cabras. Inconfundible el silbido del pastor forma parte de una armonía siempre nueva. ¡El hombre y su eterno caminar!

¿Cómo es posible esa gran cazuela de cristal sonora, monocorde de libélulas y ranas, maniatada, detenida en lo altísimo. Laguna de los Peces? Lloro del cielo acorralado; inalcanzable el salmo para redimir al hombre.

San Martín de Castañeda, vieja y dolida la historia; «espejo de soledades» que Unamuno ya emprendió. También yo con él, infatigable, más liviano el paso cuesta abajo, me siento infinitamente pequeño para ahondar en su «Valverde de Lucena». Si miro asombrado los destellos de su luz, en esta primavera de su aldea, salta universal, alentadora y eterna la metáfora: «Hay que vivir, y hay que dar vida».

Sentado en las calzadas, escalonados balcones hacia el sur se miran con el follaje y la brisa en el hondo Lago azul. Lago de Sanabria. Mitológica acuarela «de antes del hombre» desnudo y sin edades. Raíz en sus raíces, sólo el canto despereza y apresura

lo humano de su monotonía. Queda enternecida, atrapada el alma como en un extenso, apocalíptico y no por ello menos vigoroso poema.

El sol de plano en la gran esponja flotante allá abajo enclavada, se aleja acuoso, estremecido en su primera soledad naciente. Aunque sean otros los tiempos de Valverde, la renovada aurora del alma va tejiendo una parábola sin fin en el cielo de las alturas. Andariega y cegadora «se sume en honduras» en torno de sí misma.

San Justo, estrecha la carretera lo bordea en zig zag, ángulos agudos de ramaje disimulan y superponen una naturaleza muerta. Tejas herrumbrosas y pizarras carcomidas. Entre la tupida yerba aparece como un nuevo y viejo relámpago la piedra colocada por la mano milenaria. Por sus grandes grietas corretean lagartijas mecidas con las verdes hojas de los cerezos. En mitad de la espesura es necesario mirar al cielo para ver un infinito horizonte. Al mediodía de la vida, cuelga el morral de un tierno roble. Tardo en su hablar, distante como las mismas cumbres, un pastor hecho de siglos. Cobija la fresca sombra su entrecejo. Sólo, con éstos campos, se abre un diálogo impercedero.

Ilanes. Puente. Galende. Rabanillo. Cubelo; hervideros laberintos.

Atrás quedaron las sierras, bosquejos y pasadizos con salteadas capas mantorosa, brezales, tiznados amarillos, piornos, blancuzcas cañas, escobas, destilando una música telúrica y compacta.

Protegido por una extendida columna granítica, cárdena y glaciár, late incensante el corazón con fuertes chorros de agua. Ribadelago.

Lento el paso alrededor del Valle azul. Valverde de Lucerna sabía, se amontonan inquietas las preguntas. Atento en el aire, suspendido, un revoloteo, un amago incipiente de respuestas. La misma pregunta vuela: ¿Nada?; y un leve gorjeo de plumaje y

dudas traza círculos concéntricos, indefinibles. Anegados se aproximan y se apartan, caminantes, para perderse esquivos con el cierzo.

¡Tanta belleza hacia poniente! Más efímero y en ello más perenne el ocaso transita necesario. Aldeas silenciosas espejean como fruto de las riberas preñadas. Santa Colomba, Quintana, Sotillo, Requejo, Cobreros, Barrio de Lomba, San Román. Afirmados pueblos de occidente se bifurcan y se alejan; se retuercen sufridos en pendientes y estrechas callejuelas. La abundante vegetación arropa y colorea su piel arrugosa. Cristalinos arroyos aparecen y desaparecen entre los gruesos troncos y las olvidadas tapias. Pululan aquí y allá afanosos campesinos. Continúa mansamente su riego la primavera. Manojos encendidos de niños juegan a la puerta de las casas. Fértiles, los aperos de labranza descansan recostados contra las paredes.

Cuando ya el sol gatea los tejados, bullicioso el muchacho como bien enderezado retoño, atestigua cálido y audaz el futuro del paisaje. Toda la lejanía ha quedado expectante, al acecho, dibujada en la mueca de ese anciano dormido en el zaguán.

Esa mujer crea y se recrea indefinidamente en su belleza. El tiempo la persigue y aniquila: corroe, atrapa, esquematiza y etiqueta. Insulsa y babeante, la hermosura se evapora en su inoperancia. Y es ése tiempo inútil y fútil, fatuo y vacuo del espejo, mar sin fondo, sin hondo saber de sí. Sueño acaso. Todo sueño.

LA SINRAZON

Dentro del patio del Caserón, bajo la nieve que seguía cayendo, había un hombre trabajando en mangas de camisa. Durante un momento tuve su cara frente a mí y pude darme cuenta de que me miraba sin verme. Se movía como un autómatas. Tenía los oídos y las fosas nasales taponadas con algo que parecía manteca de cerdo. Vi de nuevo su lenta agonía y el gesto de dolor y sorpresa en su cara envejecida. Llevaba allí ya veinte años. El desdichado rió con una risa tonta, como de ciego. Por lo que supe, el hombre perdió la razón y erró por los baldíos en medio del menosprecio. No es posible saber con certeza lo que le ocurrió aquella noche. Debió de ser un encuentro definitivo con las cosas que en la vida presagian la muerte. Tal vez fue una apetencia. Una prueba de moribundos, una combinación de fuerzas en un punto y... ¡zas!, la desintegración. Lo cierto es que aquel hombre tenía fama de extraño. Se le veía por los campos en busca de hierbas hipnóticas, por las casas abandonadas escrutando los vestigios de tiempos pasados.

Hablaba de la luna seca, del sol ya marchito, de los refugios paradisiacos, de las bibliotecas. Dentro de él, los murmullos se volvieron apremiantes y sonoros, discusiones de voces y amenazas. Eran voces vulgares, acabadas y cobardes. Voces estropeadas, como de traición. Recitaba de memoria párrafos enteros de libros nunca escritos. En medio de todas las voces, la suya se levantaba como aguda y certera lanza en pos de la diana. Pero era la suya una voz que venía ya del lado gangoso, muerta hace siglos. Hacía ya tiempo que era la voz de un muerto y a pesar de ello, aún podría

ser rescatada, cultivada en alguna linde o cerca fértil de la balada de los paisajes anónimos.

Tenía vertiginosas visiones. Pasaba desvelado noches enteras con una tranquila sonrisa en los labios o atrapado en continuos espasmos, atemorizado. Cuando su mujer, jadeante, desde la cama le insinuaba quehaceres de otro tiempo, él pensaba que su vida era invulnerable. Aquel maniquí exorbitante de grupas y de pestañas, llamativo asidero, ahora sólo le producía indiferencia. Entre burlescas confabulaciones eróticas, exhausta, la mujer se retorció en silencio. Resbalaba húmeda su mano por las manzanas maduras de sus senos. Casi dormida, despeinada, insatisfecha, su mirada extendida se perdía en el horizonte opaco de las sábanas.

La odiaba por todas partes. Por la mañana la atontó a golpes antes de que pudiera despertar. Moribunda, la colgó de una viga del desván. El desdichado rió al verla tan derecha. Ebrio, se colgó de los tobillos hasta que la sogá se rompió y el cadáver cayó al piso. El hombre vio cómo, lentamente, la espalda de su mujer volvía a encogerse. Aquella cara triturada, tantas veces amada, en estos momentos se le aparecía desconocida.

No se paró, no pudo ya jamás volver a pensar. Atónito, borracho, dio varias vueltas sonámbulo en torno al cadáver. Vesánico, se echó a llorar y a reír sintiendo un calor frío estático y cambiante.

Hacia el mediodía, cuando los hombres armados tiraron abajo la puerta de la casa y subieron al desván, lo encontraron moviéndose sobre el cadáver. Se detuvieron, horrorizados por la escena.

«Que si el poder de la hierba, que si ya no volverá a salir el sol, que si a él no le amenaza nadie; que un ejército armado de cuchillos y pistolas corren tras de él, que para el año dos mil treinta y dos...».

Ya cubierto el patio por un palmo de nieve, dos siluetas con bata blanca con ella confundidas, fugaces, lo agarran de los brazos y con él desaparecen.

BRAHMS

Después de todo, sólo eso. Un hombre que camina cargado de dudas e ilusiones, que le acompañarán siempre, hermanadas, amorosamente complementadas.

Brahms no pide más que esa lágrima que cae cálida, espontánea y cuanto más lejana más fría, indiferente y olvidada. Sólo eso. Por el espacio, expandida la mirada libre con girones amargos y dulces. Con la luz, presta vendrá la música de un nuevo día. Y no se quebrará el vuelo absorto y descuidado del preludio de Chopin; de esa sinfonía inacabada, eurítmica, eternamente etérea.

Vuelo febril, lectura de rostros y de rasgos y a veces, impotente, fustigar. Allá en lo más alto habrá un duelo de misiles, esos prosti-tutos del cielo. Ruborizados, bajarán la espoleta de sus ojos para el suelo, y sólo los besos serán la estela de esperanza.

DE LA FRENTE LE CAEN ACOMPASADAS GOTAS DE SUDOR AZUL

I

Es para él un verdadero desafío la plenitud de este paisaje. Un reto que habrá de escalar a tientas, con sumo cuidado y delicadeza. Pensará muy bien sus pasos. Pondrá antes la mirada aguda y dulce allí donde sus botas y sus huellas habrán de recaer sigilosas, amortiguadas, para no herir al asombro. Con todo ensimismamiento se hundirá su pisada silenciosa, cada vez más profunda, más hermosa o más doliente. Tras de sí, con más clara nitidez un largo sueño blanco.

De la frente le caen acompasadas gotas de sudor azul.

Seguir, seguir, seguir y seguir remontando tesos y hondonadas. Noches y crepúsculos. No desfallecer. Cambiar el equipaje con las primeras brisas húmedas del alba. Desnudo al amanecer, con el rocío transparente y límpido enjugar su rostro. Acrecer su paso con las primeras luces despuntando en los collados. Llenar sus ojos, los de las soledades y el vacío, los heridos, con agrestes riberas, solitarios ríos, anónimos caminos. Esos caminos borrados donde ya no pega el sol, donde han hecho su casa los olvidos y las indiferencias, donde ya no transita la vida. Por ahí, por esos márgenes amados, agrietados y rústicos, rostros demacrados, resbalan sus ojos húmedos como dos tardes interminables, larguísimas, de lluvia fina; como dos senos nacientes hinchados y ardorosos. Ahí,

donde las hojas marchitas en hileras de chopos y vertientes se arrastran y se pierden; ahí, donde el extenso manto verdi-negro de los vetustos pinos cubre las montañas. Ahora acicaladas de blanco, frío vestido, la nieve las envuelve en los inviernos. Paisaje yerto.

Empujarle aún más al pecho en la subida. Pararse ante la puerta de las casas cerradas hace siglos y preguntar tibiamente por sus muertos. Carcomidas maderas. Desvencijadas paredes, rodadas piedras y cuarterones con llamaradas de polvo, ayer sostenidas por voces y sudores. El afán de una voz casi apagada que nació con su primer quejido.

Hoy, a la puerta de estas casas se le agolpan a este hombre las voces de todos los emigrados, de todos los vencidos, de todos los muertos, y no acierta a distinguirlas, entremezcladas caminan, conviven en la encrucijada de la balada de los paisajes anónimos.

II

Con estos difusos pensamientos recorría y examinaba minuciosamente los edificios abandonados. Absorto se detenía ante el musgo ya podrido y descascarillado en las paredes. Entre sus dedos gruesos y callosos espanzurraba un trozo de aquella mezcla de hierba y de tierra calculando los años de su nacimiento. Una fina capa de cieno apenas perceptible quedaba depositada en las yemas. Rodeado de un espeso silencio caminaba curioso, temeroso, por aquel pueblo sin voz. Enormes telarañas y musgaños disecados ocuparon de lleno sus ojos en la fría oscuridad. El chirriar de aquella puerta de vieja encina había roto como por encanto un silencio hecho de engaños, ásperas rocas, huellas borrosas de enajenadas vías perdidas; un tiempo cansino vagando por aquellas mediaciones.

Como si en esa oscuridad oscura se hubiera parado, como si a la vida misma se la hubiera olvidado hasta vivir, fugaz y prodigiosa le hizo temblar la terrible metáfora. ¿Dónde había visto aquella misma oscuridad?, ¿por qué páramos, masas apretujadas, paseos subterráneos de pueblos y ciudades había visto aferrada, implacable, aquella sombra tenebrosa invadiéndolo todo?

Su cuerpo aún joven tiritaba con el ligero viento resbalando por la nieve. Temblor de miedo y de frío unidos, habitando juntos en esta casa de las ventanas tapiadas. —Es como la muerte—, se decía. Abrió con denodado esfuerzo un portón que daba a un pequeño cuarto. En su interior no encontró a nadie. Algunos enseres mugrientos, un fogón cubierto con una gran capa de hollín, una sartén, un espejo hecho de polvo donde ni su propia cara podía contemplar. Su ávida mano trazó varios círculos con la punta de los dedos, después con toda la palma hasta quedar libre un trozo de cristal. Así pudo ver su rostro en la penumbra un poco desfigurado, confuso; absortos un espejo en otro espejo. Llevaba dos días desde que se arriesgó a recorrer, a vivir un compromiso total: la Balada de los paisajes anónimos.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo.....	7
Proyecto para una apertura	13
Retrospecciones	43
De los procesos... ..	67

TITULOS PUBLICADOS

- **Insula extraña el Corazón**, de José Luis López Narrillos.
- **Airado Luzbel**, de Fernando Alda Sánchez.
- **Carpe Diem**, de José María Muñoz Quirós.
- **De polvo enamorado**, de José María Ercilla Trilla.
- **El mágico lenguaje de septiembre**, de María Guerra Vozmediano.



Inst. Gra
821.1

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA